

con acento

Sobre el cine político

Norberto Alcover

A raíz de la entrega de los Premios Goya, que anualmente otorga la Academia Española, no solamente saltaron a la opinión pública las voces de actores y directores denunciando la muy probable guerra contra el pueblo irakí, porque también se puso de manifiesto el malestar de los protagonistas de nuestra cinematografía sobre su incierto y propio futuro. Nosotros respondemos que la crisis es del todo real, pero enfatizamos que se dan cita todos los elementos para que se produzca. Y ahí ponemos el acento: es ridículo lamentarse cuando las cosas son como son y nadie pone las medidas oportunas para cambiarlas. En fin. Unos datos pueden aproximarnos al meollo más pragmático de tal crisis. *Primero*: la cuota de pantalla del cine español está bajando alarmantemente porque cada vez escasean más las películas de éxito en taquilla, en beneficio de las norteamericanas, pero también de las británicas, en fuerte aumento. *Segundo*: los espectadores descendieron de 26,6 millones en 2001 hasta 15 millones en el 2002, además de disminuir la recaudación en un 5%, cifra poco abultada si tenemos presente el aumento del precio de las localidades con la llegada del euro. *Tercero*: mientras aumentan los multicines, resulta que el 35% de la población

española carece de salas comerciales, con permanente cierre de locales vencidos por el paso del tiempo y las recientes costumbres televisivas.

Cuarto: el número de copias por película se ha venido abajo desde 113 en 2001 a 75 en 2002, detalle capital, y tantas veces olvidado, a la hora de objetivar la esperanza puesta en un film y su capacidad comercial, dato al que hay que añadir este otro no menos relevante, y es que el dinero destinado a promoción desciende de un 12,9% hasta un 7,8% entre 2001 y 2002. *Quinto*: de una manera reasuntiva, el número de rodajes (114 largometrajes) va a menos, la inversión de canales televisivos es de menor cuantía, las ventas al exterior son menores, y para colmo, la competencia televisiva en lo referente a emisión de películas va en aumento, sin olvidar el auge del DVD, con ese recurso tan atractivo del sistema audiovisual «cine en casa». Y suma y sigue.

Pero si desde el punto de vista económico, fundamental en un arte que es un negocio (todo arte es, ya, negocio probablemente), éstas son las cifras claves, resulta que la calidad de nuestro cine es cada vez menor, sin que los profesionales, sobre todo los más jóvenes, lo acepten: se nos ha entrometido una especie de *vulgaridad*

argumental que afecta a los relatos pero también a su estética media, sin que consigamos levantar el vuelo hacia argumentos más universales o, por el contrario, más nacionales pero de respiro exterior. El cine español, en su conjunto, es mediocre, y no tenemos más que fijarnos en el estrenado en 2002.

Solamente tres películas merecen un aplauso cerrado por su calidad y reconocimiento en la taquilla: *Hable con ella*, de Pedro Almodóvar, puede que la mejor película de este gran autor; *Los lunes al sol*, de Fernando León de Aranoa, excelente film de denuncia social; y de manera un tanto sorpresiva, *La caja 507*, de Enrique Urbizu, con sorprendente capacidad para crear suspense y casi miedo auténtico. Comedia simpática, de fuerte reclamo en taquilla, ha sido *El otro lado de la cama*, de Emilio Martínez Lázaro, que citamos sin temor. No podemos silenciar dos películas de calidad y que sin embargo fueron desconocidas por el público: *La playa de los galgos*, del siempre fiable y seguro Mario Camus y *Aro Tolbukhin*. *En la mente del asesino*, de Agustín Villaronga y otros realizadores, tal vez el film comercial más experimental de cuantos hayamos visto. Pero pasemos página para situarnos en otra perspectiva.

La conjunción de España y Argentina en la producción, por lo tanto ya no hablamos de películas estrictamente españolas, ha dado resultados estupendos: *El hijo de la novia*, de Juan José Campanella; *En la ciudad sin límites*, de Antonio Hernández;

Historias mínimas, de Carlos Sorín; *Lugares comunes*, de Adolfo Aristarain, conforman un conjunto de títulos taquilleros y de muy respetable confección, pero se trata de coproducciones en manos de realizadores argentinos. Por el contrario, *El viaje de Carol*, de Imanol Uribe; *El caballero Don Quijote*, de Manuel Gutiérrez Aragón; *Historia de un beso*, de José Luis Garci y *El embrujo de Shangai*, de Fernando Trueba, desencantaron por razones muy diversas, si bien Garci no deja de encontrar fieles seguidores en la mediana edad.

Pero las películas producidas son 116. Luego la crisis es objetiva y sus razones las hemos explicado. Faltan productoras económicamente poderosas para poder enfrentarse a las extranjeras. Faltan argumentos de interés público, más allá de historietas casi adolescentes. Falta, puede que sí, ese nivel cultural que determinados países muestran incluso en producciones económicamente recortadas, como Francia o China. Y falta, cómo no, que nosotros, espectadores en potencia, abandonemos el sillón y corramos el riesgo de visionar ese film del que nos hablan, sin dejarnos llevar por la comodidad del salón familiar.

Las cosas así, resulta que la crisis del cine español es del todo normal. Desgraciadamente normal. Y mucho nos tememos que el asunto vaya para largo. ■